

## **Hegemonía**

### **un concepto clave para comprender la comunicación**

Por Jorge Huergo

Hace unos treinta años era corriente una visión estructural de la sociedad; es decir, no se prestaba tanta atención a la vida cotidiana, a la comunicación y la cultura popular, a las diferencias socioculturales, como ocurrió a partir de los 80. Hacia los 60 y los 70 se hablaba del papel de los medios de comunicación en la dominación: los medios eran manipuladores de las conciencias, eran vehículos de la ideología opresiva, eran los nuevos encargados de la invasión cultural, estaban al servicio de los intereses capitalistas e imperialistas.

¿Qué ocurrió en los 80 y los 90? ¿Acaso ya no existe la dominación ni la opresión, no hay capitalismo o imperialismo? No se trata de eso. Lo que aportan algunos teóricos de la comunicación (como Jesús Martín-Barbero, Héctor Schmucler o Armand Mattelart) no está en el sentido de reforzar la idea de que la comunicación es un proceso de dominación; más bien lo que operan es una inversión: el desafío de comprender la dominación como un proceso de comunicación (véase Martín-Barbero, 1998: 202) Pero, además, las investigaciones, los ensayos y las teorías se desplazaron desde ideas que sostenían la existencia de relaciones de opresión (donde el oprimido padece al opresor, que lo oprime por la fuerza), hacia perspectivas que se interrogan de qué maneras los dominados trabajan en favor de su propia dominación, de los dominadores y de los intereses dominantes (aunque los dominados lo ignoren). Entonces se logró comprender que los procesos políticos y las relaciones de poder no podían considerarse aisladamente, sino en la trama de los procesos y las prácticas culturales; hay determinadas prácticas y procesos culturales populares que trabajan a favor del fortalecimiento del poder de los dominadores y de las políticas de dominación; existen complicidades y seducciones que hacen que los dominados internalicen intereses que los dominan y se subyuguen con los gustos y modos de vida de los dominadores. Para aquella inversión y para esta comprensión, para mirar los procesos políticos no ya como relacionados con la fuerza, sino con el sentido, fue clave un concepto: el concepto de hegemonía.

#### **Pero... ¿qué significa hegemonía?**

El término hegemonía es muy antiguo; ya los griegos, muchos años antes de Cristo, lo utilizaban. Para ellos, hegemonía significaba conducción o dirección de otros, o el poderío y la preponderancia para gobernar un grupo o una sociedad. El término se utilizó, también, relacionado con la teoría de la guerra y con las teorías del conflicto en las relaciones sociales, en general.

En la historia del pensamiento político han existido (hasta las aportaciones de Antonio Gramsci) dos significados prevalecientes del concepto de hegemonía (ver Bobbio y otros, 1995: 746-748). El primero equipara hegemonía con dominio, destacando el carácter coactivo del mismo, la fuerza ejercida por los poderosos sobre los subordinados, la sumisión política en lugar del consenso cultural (es el sentido que prevalece en Lenin y Stalin, por ejemplo). El segundo, en cambio, se refiere a la capacidad de dirección

intelectual, moral y cultural en virtud de la cual una clase dominante (o aspirante al dominio) logra acreditarse como legítima, alcanzando consenso como clase dirigente (es el sentido generalizado entre la cultura política italiana, por ejemplo).

En verdad, quien más aportó en el último siglo al pensamiento sobre la hegemonía y a la construcción de una teoría de la misma, fue el político y pensador Antonio Gramsci. Para él, una clase ejerce su supremacía mediante el dominio sobre los grupos antagonistas, a través de la coerción de aparatos propios de la “sociedad política”. Pero también la ejerce mediante la hegemonía, en cuanto articula y dirige a los grupos sociales aliados o enutales, a través de los aparatos hegemónicos de la “sociedad civil”.

Las prácticas hegemónicas, para Gramsci, tienen por objeto la formación del conformismo cultural en las masas: una serie de actitudes, de comportamientos, de valores y de pensamientos que permiten a una clase ejercer su supremacía y articular, para los fines de su dominio, los intereses y las culturas de otros grupos sociales. En definitiva, este proceso (fundamentalmente cultural) le permite a los grupos dominantes hacerse también dirigentes de la sociedad. Para esta finalidad, los grupos dominantes trabajan el interjuego entre hegemonía y consenso a través de la educación, el derecho, los partidos políticos, la opinión pública, los medios de comunicación, etc.

El problema de la hegemonía, entonces, tiene que ser visualizado a través de las vinculaciones entre la cultura y lo político. No es un mero proceso de dominio. Más aún, según el inglés Edward Thompson, para comprender a la “clase obrera” es necesario considerar la memoria y la experiencia popular, y no meramente la relación de esa clase con los medios de producción. La cultura misma, afirma Martín-Barbero (1987: 72), es un espacio de hegemonía: la dominación, lejos de ser un proceso de imposición desde el “exterior” de lo social y de la cultura, es un proceso en el que una clase se hace hegemónica en la medida en que logra representar intereses diferentes de las clases populares y, además, en la medida en que los sectores populares se reconocen “adentro” del proceso hegemónico, lo asumen, lo hacen propio, son conformistas con él. En ese proceso, la cultura (como espacio de hegemonía) es algo que se transforma permanentemente: se transforman las culturas y las identidades dominantes y se transforman, también, las culturas e identidades populares, conformando entre ambas articulaciones muchas veces insospechadas.

Según un seguidor de Gramsci, el italiano A. Cirese, lo popular (considerando los procesos y las prácticas de la hegemonía) no es lo original, lo folklórico (como si fuera puro); no es lo esencial o lo sustancial. Lo popular siempre está en proceso de conformación y de transformación, visible a través de los usos y de las relaciones que la “cultura popular” establece con otras culturas. Las culturas populares sobreviven a través de estratagemas, de tácticas cotidianas frente a las estrategias hegemónicas, de manera de poder materializar (ante nuevas condiciones) sus modos de vivir y de pensar. A través de esas tácticas y estratagemas, las culturas populares logran filtrar, apropiarse y reorganizar lo que viene de la cultura hegemónica: productos de mercado, producciones artísticas, modos de pensar y de vivir, etc. En la cultura de masas, precisamente, es posible observar que las culturas populares logran articular lo que viene de su memoria con lo que viene del mercado burgués.

Para que exista hegemonía debe existir una práctica de articulación, sostiene Ernesto Laclau (Laclau y Mouffe, 1987). La articulación significa que dos elementos (dos identidades, dos culturas) se ponen en relación, y al relacionarse cada una contribuye a la formación de una situación cultural diferente a ambas, que sin embargo no anula a

ninguno de los dos elementos. Este proceso de “articulación” en el proceso hegemónico es posible observarlo en un caso histórico: la aparición de la Virgen de Guadalupe en México (en el siglo XVI). Sin embargo, el proceso de “articulación” es simbólico y puede adquirir distintos significados, según los intereses políticos que le otorguen sentido.

Alrededor de 1537 surge la tradición del relato de la aparición de la Virgen de Guadalupe. La Virgen se apareció en 1531 (10 años después de la conquista) a un indio pobre llamado Juan Diego. Apareció en el cerro Tepeyac, al noreste de la ciudad de México. En ese cerro existió un centro dedicado a la diosa Tonantzín (que, según Torquemada, significa “Nuestra Madre”) que fuera destruido por los españoles. En ese cerro nació el pueblo azteca, cuando un colibrí depositó sus plumas en la tierra del Tepeyac. Luego la cultura azteca pasó por cuatro soles, al final de los cuales sobrevendría Nahim Olim (la catástrofe final y la destrucción de los aztecas). Seguramente la conquista fue experimentada, pasadas las primeras resistencias aztecas, como “Nahim Olim”; en ese momento aparece la Guadalupana.

El obispo de México, Don Juan de Zumárraga, fue informado de la aparición de la Virgen por Juan Diego; como sello milagroso de su testimonio, Juan Diego abrió su tilma o ayate y el obispo pudo ver allí grabada la imagen de la Virgen. Una Virgen morena, india, embarazada (ya que tenía una cinta sobre su vientre, como las mujeres aztecas usaban para señalar su embarazo) y que hablaba náhuatl. Entonces, el obispo mandó construir un templo sobre el centro de culto azteca. Al poco tiempo, los aztecas comprendieron que la Virgen era Tonantzín. Y la Iglesia, los españoles, la presentaron como la Madre de un quinto sol, un sol que se llamaba Jesucristo. Y los aztecas comenzaron a bautizarse.

El segundo obispo mexicano, Alonso de Montúfar, impulsó el culto de Tonantzín-Guadalupe, con lo que intentó conciliar las prácticas religiosas aztecas con las hispanas, e incluso permitió a los predicadores hablar de "Tonantzín" para referirse a la Virgen María. Sobre todo esta construcción político-religiosa-cultural, junto con la de la asociación entre la diosa-tierra Pachamama y la Virgen de Copacabana (en el Alto Perú, hoy Bolivia), y en ambos casos la asociación de lugares de culto, son un claro testimonio del sincretismo y del mestizaje cultural, donde se evidencia cierta apropiación mutua de símbolos, signos y significados.

La Virgen de Guadalupe, o Coatloopeuh (en náhuatl), se constituyó en un mito, o mejor: en un símbolo dominante, aunque a la vez resistencial. Fue enarbollada por Hidalgo contra la Virgen de los Remedios (la Gachupina), de los realistas, al iniciarse la etapa final del movimiento de independencia. Con ella, el cura Hidalgo dio el “grito” de Independencia, desde la iglesia de Atotonilco, en Guanajuato. Desde allí sirvió de estandarte de las fuerzas insurgentes, con toda su significación simbólica y su capacidad de convocatoria. La Guadalupana ha sido el símbolo de diferentes momentos de la historia mexicana, en las luchas por la independencia y por la hegemonía. Los zapatistas la llevan también como estandarte y en sus sombreros, al reclamar tierra y libertad.

Como todo símbolo popular, la Guadalupana es polisémica. Su capacidad de condensar múltiples significados y de constituirse en punto de convergencia sociocultural es indudable. Por un lado, el Papa Juan Pablo II y Televisa, en 1990, utilizaron la imagen y el mito en su versión de sometimiento, para quitarle legitimidad a la corriente teológica de la liberación. Por otro lado, los chicanos y los zapatistas dan una nueva dimensión movilizadora a la Virgen. Una muestra de ello es que los acompañó en las huelgas de 1965 (en Delano, California) y en marchas de campesinos en Texas. Y en estos casos, hay sectores chicanos que conectan sus ideales con los de la Teología de la Liberación.

Así, el símbolo de la Virgen de Guadalupe cobra un papel político radical en EE.UU., volviendo a ser estandarte en la lucha contra la discriminación y la injusticia que sufren sus hijos.

La hegemonía, para Raymond Williams (inglés de la Escuela de Birmingham), es un complejo entrelazamiento (o articulación) de fuerzas políticas, sociales y culturales diferentes, con el fin de constituir y sostener la conducción de una sociedad, sin necesidad de hacerlo por el dominio coercitivo o por la fuerza (véase Williams, 1997: 129). Para la hegemonía debe existir cierta internalización práctica de los valores, la ideología y las prácticas de los sectores dominantes. Pero, también, para desarrollar una “hegemonía alternativa”, es imprescindible tener en cuenta la articulación o entrelazamiento de diferentes formas de lucha culturales y sociales, y no sólo diferentes grupos políticos.

### **La hegemonía y el proceso de formación discursiva**

El supuesto principal de esta perspectiva, sostenida por el argentino radicado en Inglaterra Ernesto Laclau, es que la sociedad puede considerarse una configuración discursiva; de manera que todo lo que ocurre en ella posee un significado. En esta línea, asumiendo a Gramsci y a Lacan (secundariamente a Althusser y a los lingüistas estructurales), Laclau permite comprender que el lenguaje configura (hace posible o impide) la experiencia y, secundariamente, la expresa y la interpreta.

El mundo social (en cuanto significativo, es decir, como discurso) está poblado de significantes y de significados, que son históricos, esto es: variables, abiertos, contingentes (no necesarios), procesuales (no esenciales). Sin embargo, es posible observar que, con la finalidad de construir y sostener cierto orden social, la hegemonía trabaja en dos sentidos:

1. la producción de un imaginario de orden, que es coincidente con los propios intereses de los sectores dominantes (el “orden” también es contingente, variable, abierto, pero cada vez, en la historia, se presenta como si fuera el único camino posible); además, la presentación de ese orden como algo “natural”;
2. la elaboración de una serie de equivalencias discursivas, esto es: la producción de que determinados significantes tienen un significado fijo y permanente que no debería ser subvertido (por ejemplo, el significante “orden” es equivalente o tiene el significado de: civilizado, desarrollado, organizado según los requerimientos del “Primer Mundo”, etc., según el momento histórico de que se trate).

El discurso social, entonces, construye equivalencias entre determinados significantes y sus significados. Y esto lo hace con la totalidad de los significantes que proliferan en las relaciones sociales, permitiendo una percepción “adecuada” de lo que es el mundo social. Por ejemplo: si nos referimos al significante “mujer”

mujer = madre = ama de casa = sexo débil = etc...

Estas equivalencias van configurando estatutos, lo que quiere decir que se naturalizan (se hacen como “naturales”) determinados significados que son sociales e históricos (por ejemplo, no siempre, en todas las culturas y en todos los pueblos la mujer fue identificada como “ama de casa”).

Sin embargo, comienzan a proliferar otros significados que subvierten la equivalencia y poner en juego ciertas diferencias, como por ejemplo:

mujer = trabajadora industrial

Esos significados pueden ser, en cierto lapso, ser integrados en los estatutos, en la serie de equivalencias del significante “mujer”. Aunque esto depende, en gran parte, de las culturas particulares e incluso de las culturas de las distintas clases sociales.

Como ejemplo, vale una experiencia personal: Durante la Dictadura Militar (de 1977 a 1979) trabajé en una villa de Bajo Flores (en Buenos Aires) llamada Villa Evita. Era un período muy difícil debido a las políticas de erradicación del Intendente, el Brigadier Cacciatore, y de gran represión de dirigentes villeros o de organizaciones que trabajaban con los villeros. Pero a lo que quiero referirme es a un hecho que me sorprendió. Un día conocí a un travesti (en esa época no eran tan comunes, estaban más “tapados”) que estaba casado y tenía dos hijos. Sin embargo, para los villeros no era nada raro, no era discriminado y, lo que más me sorprendió, era considerado “mujer”. Quiero decir: a veces, en el contexto de una cultura más o menos común, existen representaciones discriminatorias más fuertes en algunas clases sociales que en otras.

En determinados momentos emergen significados que subvierten el sentido de un estatuto, como por ejemplo:

mujer = travesti / mujer = lesbiana / mujer = prostituta

Por lo general, los significados que se desvían de los significados naturalizados en el estatuto, quedan como del otro lado de una frontera imaginaria y suelen ser objeto de pánico moral (ver Curran y otros, 1998). Este es un problema central relacionado con las vinculaciones entre comunicación y hegemonía, ya que en las culturas se hacen dominantes determinados significados y otros son censurados moralmente, son objetos de pánico moral, y los sujetos que los encarnan suelen ser discriminados.

La hegemonía, desde el punto de vista discursivo, trabaja de la siguiente forma. En una “formación social”, que es la referencia empírica, se construye una “formación hegemónica”, que es una producción simbólica o imaginaria. Esto quiere decir: la formación social posee elementos variables, contingentes (no necesarios) y procesuales. Pero la formación hegemónica va estableciendo fronteras, límites fijos que pretenden estabilidad (véase Laclau y Mouffe, 1987). Por ejemplo: ser villero, ser joven o ser militante activo (más allá de todo análisis sobre las causas de esas situaciones) es una situación variable, contingente y procesual. Lo que hace la formación hegemónica es, con el fin de afirmarse como un “orden social”, es ubicar esas situaciones del otro lado de una frontera imaginaria y ubicarse a sí misma como lo opuesto de esas situaciones, que pasan a ser objeto de pánico moral, de control y de disciplinamiento. De modo que los villeros “cabecitas negras”, los jóvenes “indisciplinados y contestatarios” o los militantes “rebeldes y violentos” son ubicados en un lugar “marginal”, al margen de ese “orden social”, del otro lado de la frontera simbólica. Lo que trata de hacer la formación hegemónica es afirmar, como deseable, una sociedad ordenada, es decir: burguesa (no villera), adulta y seria (no desordenadamente joven) y que observe las formalidades políticas (no el violento desorden del activismo militante).

El objetivo, por otra parte, de la formación hegemónica (con el fin de obtener consenso y legitimidad) es que toda la sociedad asuma y acepte esas fronteras; incluso, apuntar a que la mayoría de los villeros, los jóvenes o los militantes (por ejemplo) aspiren a pasar las fronteras, es decir, a responder y asumir el “orden” para su prácticas: ser burgués, ser adulto, adecuarse a las formalidades políticas. Para esto, la formación hegemónica interpela (invita a ser de determinadas maneras) a los sujetos, a través de la educación, la formación de opinión pública, los medios de comunicación, etc.

Históricamente, además, es posible observar cómo la formación hegemónica, desde el

punto de vista estratégico, organiza el campo social a través de pares binarios. El objetivo de hacerlo responde a su estrategia, entendida como el conjunto de acciones para “derrotar” al adversario, debilitando sus fuerzas e invadiendo sus territorios. Para algunos autores (como por ejemplo Roland Barthes, véase O’Sullivan y otros, 1997) los pares binarios tienen una fuerte función ideológica, contribuyendo a estructurar las percepciones sobre el mundo.

Esto ocurrió en Argentina, por ejemplo, con el discurso político-cultural de Sarmiento cuya par binario fue «civilización y barbarie», de modo que las equivalencias en cada uno fueron:

civilización = espíritu = progreso = deseable = racional = ciudad; etc.

barbarie = naturaleza = atraso = indeseable = irracional = campo; etc.

La estrategia, en este caso, fue “civilizar la barbarie”. Para esto, ubicó a la barbarie, en primer lugar, del otro lado de la frontera imaginaria; en segundo lugar, trabajó en la internalización y aceptación de esa dicotomía por parte de los sujetos; en tercer lugar, elaboró otras estrategias, como por ejemplo la educación: organizó un sistema educativo que apuntaba a la normalización y disciplinamiento de las conductas “anormales e indisciplinadas” (bárbaras) y a la masificación de saberes y formas de acción europeas y norteamericanas (civilizadas).

Mientras que es posible entender cómo los significados naturalizados (o los estatutos) responden a los intereses dominantes y a los procesos de dominación, a la vez es posible comprender cómo los dominados muchas veces asumen actitudes conformistas, es decir, aceptan como “naturales” aquellos significados y los asumen como propios, de modo que colaboran en la reproducción social del pánico moral y la discriminación. Es muy llamativo ver cómo se expresa una mujer (que aparece en la televisión) sobre el asesinato de su hijo por parte de la Policía:

«Mi hijo no era un vago: estudiaba y trabajaba; no tenía vicios ni se drogaba. era un buen chico»

Esto nos permite conjeturar que si el joven hubiese sido desocupado, hubiese habido (acaso) razones para asesinarlo; con más razón si no estudiaba y era un vago. Más aún, hay equivalencia significativas de ser un “buen chico”:

buen chico (buen joven) = trabajador = estudiante = no “vago” = etc...

Con lo cual:

desocupado = no estudiante = adicto = (posiblemente) mal chico

por lo tanto, podría justificarse su muerte. Esto también ocurrió el 20 de diciembre (día de enorme represión radical). El periodista, describiendo la vida de uno de los jóvenes manifestante asesinado por la represión policial dice:

«Este joven no era un militante violento; era un muchacho que estudiaba y que, con su trabajo, sostenía a su familia, a su madre y sus hermanitos»

Lo que se dice siempre incluye algo que no se dice; en este caso, que posiblemente

hubiese sido justificable asesinar a un joven que fuera “activista”, vago (desempleado y no estudiante), etc.

Lo clave para comprender cómo trabaja la hegemonía en el nivel del lenguaje, está en que este tipo de representaciones y de significaciones están generalizadas, es decir, son adoptadas y asumidas como propias por vastos sectores sociales, incluso (a veces) por los mismos sujetos que están al borde de experimentar este tipo de situaciones (de desempleo, no estudio, vagancia, etc.) debido al ajuste estructural y al empobrecimiento generalizado, rayano con la miseria.

Además, el lenguaje configura de tal modo la experiencia que muchas veces la imposibilita. Otro ejemplo: En nuestras prácticas en escuelas públicas de EGB (nivel primario) de La Plata, nos ha ocurrido que una directora (y a veces una docente) nos ha dicho:

«¿A qué vienen a trabajar a esta escuela? Vayan a escuelas del centro (de la ciudad) o a escuelas privadas. Acá vienen todos los pibes de la villa. Y esos chicos no van a aprender nada. Ya los echaron a perder en sus casas»

Veamos qué significados aparecen en este discurso. Por un lado, se hace una enorme diferenciación entre escuelas: hay escuelas de barrio o periféricas, del centro y privadas; cada una de ellas “carga” con chicos bien distintos. Pero, además, el “pibe villero” ¿qué significa?

pibe villero = echados a perder = no pueden aprender

Esto quiere decir que están condenados: hay una situación “natural” de la que no pueden escapar. La hegemonía trabaja precisamente cuando los chicos incorporan este tipo de representaciones, las internalizan, las hacen propias y no pueden vivir experiencias de aprendizaje. Es decir, colaboran con la condena “natural” a la que son condenados; y no pueden vivir experiencias autónomas de esas significaciones. Esto es lo que refuerza, desde el dominado, el poder y las relaciones de la dominación.

La dominación, en fin, en términos de hegemonía, no actúa por la fuerza, sino a través del consenso, de la legitimidad y del conformismo. Los sectores populares ofrecen consenso a aquellas representaciones sociales sostenidas por significados; esto es: las con-sienten, las sienten como si fueran propias. Además, las legitiman: consideran o creen que son legítimas, que se sostienen en una especie de “legalidad natural” que hace posible el orden social. Finalmente, los sectores populares pueden ser conformistas, es decir: están conformes con las ideas y representaciones que proliferan sobre ellos, aunque ellas provengan de los dominadores con el fin de sostener su dominación.

En determinados momentos de la historia existen puntos nodales (véase Laclau y Mouffe, 1987; Zizek, 1992) que son significantes para los cuales son permitidos distintos significados. Esto ocurrió, en la década del 60 y principios de los 70, con un signifiante: “¡Perón vuelve!” (cfr. Laclau, 1996). Este signifiante nodal, “¡Perón vuelve!”, admitió diferentes significados, como por ejemplo

Perón vuelve = se instalará un gobierno peronista sindical  
Perón vuelve = se constituirá la patria socialista  
Perón vuelve = reinará la justicia social y la soberanía económica  
Perón vuelve = habrá un gobierno de mano fuerte

Cada uno de los significados (que no terminan allí) se ven provisoria y precariamente articulados, amarrados en ese punto nodal. Sin embargo, triunfará aquel que sea capaz

de articular a todos los demás. Si no, ocurrirá que los significados, llegado el momento histórico determinado, permanecerán en lucha por la hegemonía sobre los otros. Una lucha no sólo simbólica, sino también material, como lo fue, por ejemplo, la lucha entre la “Tendencia Revolucionaria” y el “Lopezreguismo”.

Es interesante hoy observar qué significados se amarran en el significante nodal “¡Que se vayan todos!”. Se amarran, por ejemplo:

Que se vayan todos = que gobiernen las asambleas populares

Que se vayan todos = que vuelva Menem

Que se vayan todos = que se llame a elecciones ya

Que se vayan todos = que gobiernen los militares

Que se vayan todos = que se hagan cargo los “notables”

Por lo general, los puntos nodales operan articulaciones precarias y provisorias. En otros momentos, las articulaciones alrededor de puntos nodales pueden tener mayor consistencia hegemónica. Esto puede ocurrir, por ejemplo, con el significante nodal “democracia”; por ejemplo:

democracia = elecciones libres y periodicidad del voto

democracia = libertad de mercado

democracia = participación popular en lo público

democracia = gobierno representativo y republicano

democracia = convivencia de grupos e identidades sociales diferentes

Los significantes nodales están abiertos. El significado que se les atribuya tendrá relación con el proceso de lucha por el significado (un problema comunicacional) en la construcción de hegemonía. Y esto ya es un problema no sólo simbólico, sino fundamentalmente material, donde se articula lo cultural y lo político.

A manera de conclusión

Lo expresado en último lugar nos permite advertir que comprender la hegemonía no se reduce a pensar cómo actúa la dominación, distribuyendo y reproduciendo discursos, significados, ideologías y prácticas favorables a los sectores dominantes; es decir: cómo se configura el conformismo política, social y culturalmente. También comprender la hegemonía implica percibir los modos en que los sectores populares se resisten a los significados dominantes y los impugnan. Pero esa impugnación y esa resistencia no es sólo una oposición a los significados dominantes. También es una práctica bien concreta que consiste en saltar las fronteras imaginarias y luchar por los espacios sociales donde los sujetos puedan lograr mayor autonomía y encarnación de otros significados posibles para la vida y para las relaciones sociales. La hegemonía, en definitiva, es la dimensión de la comunicación en la cual se juega el conformismo o la resistencia; donde se juega la posibilidad de ser más libres, más autónomos y más humanos; donde se juega la posibilidad de luchar por una sociedad y por unas condiciones de vida más justas, que superen los mandatos, las prescripciones y las interpelaciones dominantes.

## **Bibliografía:**

- Bobbio, Norberto; N. Matteucci y G. Pasquino (1995), Diccionario de política, México, Siglo XXI.
- Curran, James; D. Morley y V. Walkerdine (1998), Estudios culturales y comunicación, Barcelona, Paidós.
- Laclau, Ernesto (1996), Emancipación y diferencia, Buenos Aires, Ariel.
- Laclau, Ernesto y Ch. Mouffe (1987), Hegemonía y estrategia socialista, Madrid, Siglo XXI.
- Martín-Barbero, Jesús (1987), De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, México, G. Gili.
- Martín-Barbero, Jesús (1998), "De la comunicación a la filosofía y viceversa: nuevos mapas, nuevos retos", en M. Laverde y R. Reguillo (eds.), Mapas nocturnos. Diálogos con la obra de Jesús Martín-Barbero, Bogotá, Universidad Central DIUC.
- O'Sullivan, T. y otros (1997), Conceptos clave en comunicación y estudios culturales, Buenos Aires, Amorrortu.
- Williams, Raymond (1997), Marxismo y literatura, Barcelona, Península.
- Zizek, Slavoj (1992), El sublime objeto de la ideología, México, Siglo XXI.